



XX

QUIÉN ERA ÉL

EL caballero, después de llamar abajo y de recibir del mismo don Baltasar, desde lo alto de la escalera, el permiso para subir, subió.

—¿El señor don Baltasar Gómez de la Tejera?—preguntó muy cortés, apenas hubo llegado al descanso.

—Servidor de usted,—respondió don Baltasar descubriéndose la cabeza, porque descubierta la tenía ya el otro.

El cual le tendió en seguida la mano y le dijo, á vueltas de las palabras usuales del saludo corriente entre personas bien educadas:

—Mil perdones, ante todo, por lo intempestivo de la hora, señor don Baltasar.

—Pase usted más adentro, y cúbrase—dijo el Berrugo interrumpiendo al visitante y cubriéndose él.—Se entiende—añadió detenién-

dose y deteniendo al otro, que le seguía,—si lo que tiene que decirme no es asunto reservado; porque, en este caso, hablaríamos en otra parte.

—¡Nada de eso, mi señor don Baltasar!—respondió el personaje,—¡nada de eso! Todo cuanto aquí me trae es claro, natural y sencillo, y puede publicarse á voces á la puerta de la iglesia.

—Pues pasemos adelante entonces... y usted dirá,—repuso don Baltasar andando hacia la sala, en la cual se hallaban Inés y Marcones en silencio y de bien distinta manera impresionados con lo que estaba sucediendo á pocos pasos de allí.

Al ver entrar al elegante caballero del altar mayor haciendo reverencias y derramando fragancias de perfumería, Inés, después de responderle con medias palabras, muy mal articuladas, y entre corrientes de fuego que la pusieron rojas las mejillas, manifestó intenciones de retirarse, conducta á que la tenía acostumbrada su padre en parecidas ocasiones.

—¡Oh, de ninguna manera, señorita!—se apresuró á decir el visitante, conociendo las intenciones de Inés.—De ninguna manera consentiré que usted se retire porque yo entre. ¡Pues no faltaría más! Supongo—añadió dirigiéndose á don Baltasar,—que esta hermosa señorita es hija de usted.

El Berrugo respondió que sí lo era.

—Pues le felicito á usted de todo corazón, señor don Baltasar, por ser padre venturoso de tan bella criatura... Lo digo sin el menor asomo de lisonja—añadió el expansivo y galante caballero, al ver que la pobre Inés no sabía dónde esconder la cara hecha una lumbre.—¿Y se llama?

—Inés,—respondió el Berrugo, no sé si complacido ó molesto con aquellas cortesías á que él no estaba avezado.

—¡Inés!—repitió el otro.—¡Bonito nombre!

Y como después de esto, y aun algo antes de ello, echara ciertas ojeadas á Marcones, adivinándole la curiosidad le dijo el Berrugo:

—Este sujeto es Marcos, el sobrino de mi criada Romana. Es de Lumiaços, y va para cura. Ahora está de vacaciones, y hoy viene á comer con nosotros.

No ya verde, amarillo y azul se puso Marcones al oír estas señas que de él daba, en el tono más friamente burlón que pudiera imaginarse, el padre de su discípula, que quizás estuviera en aquel instante comparando su corte, medio eclesiástico, con la vistosa y elegante traza del impertinente caballero del altar mayor. Así fué que, temiendo dar un estallido más gordo, que se lo echara todo á perder, pagó con una cabezada y un gruñido el amago de reve-

rencia que le hizo el forastero, y salió de la sala sin que tratara nadie de detenerle, con lo cual acabó de enfurruñarse.

Solos los tres, y como en familia, sentóse en medio el visitante, por invitación de don Baltasar, y dijo así, con el pulgar de la izquierda en el bolsillo correspondiente de su chaleco, y la diestra en el ala de su sombrero de cazo, puesto de canto sobre el muslo derecho:

—Le considero á usted, señor don Baltasar, y á usted, señorita Inés, y hasta al pueblo entero de Robleces, en la mayor curiosidad por saber de qué nube se ha caído este personaje extraño que se plantifica durante la fiesta de San Roque en mitad del presbiterio, y se cuela ahora por las puertas de esta casa. Lo que menos se han figurado las honradas y sencillas gentes que me han visto allí, es que yo había elegido lugar tan alto y ocasión tan solemne para lucir mi cadena de oro y mi pechera con brillantes... ¿Presumo mal, señorita Inés? Vamos, dígamele usted francamente. ¿No le pasó á usted por la cabeza la aprensión de que yo era un farsante presuntuoso, que elegía aquel sitio para lucir la persona, como los jándalos de otros tiempos?

—No se me ocurrió semejante cosa,—respondió Inés muy acobardada, pero con toda sinceridad.

—No es extraño, si bien se mira—dijo el apuesto galán con el acento meloso que suavizaba todas sus palabras,—porque á la edad de usted y con su honrado candor, no caben ciertas malicias... Pero ¿á que se le ocurrió al señor don Baltasar, que ha vivido más años y corrido más mundo y experimentado más gentes?

—Efectivamente—respondió el aludido, sin pararse en barras:—eso fué lo primero que se me ocurrió al verle á usted tan empingorotado allá arriba, y tan peripuesto: que era usted un farsante. Las cosas claras.

—Ya comprenderá usted que no he de ofenderme con esa claridad, cuando me ha visto anticiparme con el supuesto, dándole por bien fundado. Y hablando ahora en pura verdad, ¡si supieran ustedes lo lejos que iban de ella los que me juzgaban de ese modo! ¡Si supieran todos cuán diferentes de esa disculpable flaqueza eran las causas por que he venido hoy á Robleces, y me he puesto á oír misa en el altar mayor, y estoy ahora bajo los techos de esta casa! ¡Si pudieran imaginarse lo que pasaba por mí cuando oía la voz cascada del buenísimo don Alejo, y lo que hubiera dado yo por sustituir, siquiera con la campanilla en la mano, á cualquiera de los muchachuelos que tenían la fortuna de ayudarle! ¡Si supieran lo que yo sentía cuando paseaba los ojos por

cada rincón de la iglesia, y por la barandilla del coro, y por la escalera del campanario! ¡Si supieran que no hay un retablo, una imagen, una piedra, un adorno en ese templo, que me sea desconocido! Y sobre todo, señor don Baltasar y señorita Inés, si supieran ustedes lo que pasa por mí al hallarme donde me hallo en este instante, no me tendrían por descortés al declararles, como les declaro, que, al venir á esta casa, dudo si me arrastra más el amor que la tengo, que la estima que me merecen las personas que la habitan.

El extraño personaje parecía muy conmovido al terminar esta parrafada, que escucharon el Berrugo y su hija con profundísima atención; y viendo don Baltasar que el visitante se detenía después de las últimas palabras, precisamente las que más le habían avivado la curiosidad, preguntóle con la llaneza que él usaba con todo el mundo:

—Pero ¿quién demonios es usted?

Sonrióse afablemente el interpelado; miró de pasada á Inés, cuya fuerza de atención rayaba en el pismo, y respondió á don Baltasar de este modo:

—Es posible que no tenga usted noticias de un sobrinillo que embarcó para la Habana el famoso Mayorazgo de Robleces, muy poco antes de venderle á usted esta casa.

—Tengo—dijo el Berrugo,—así como un recuerdo confuso de haber oído hablar...

—Pues ese so brino, señor don Baltasar, soy yo. Tomás Quicanes, natural de Nubloso, pero criado y educado en Robleces al lado de mi tío.

—¡Qué me cuenta usted?—exclamó aquí el Berrugo muy asombrado, ó aparentando que lo estaba de firme.—¡Conque sobrino del Mayorazgo! Pero, hombre, ¡si parece mentira!

—Pues es la pura verdad, señor don Baltasar—repuso el elegante mozo,—y un desengaño bien triste para los que me hayan tomado por un Archipámpano del otro mundo, al verme hoy tan soplado junto á las andas mismas de San Roque. ¿No lo cree usted lo mismo, Inés?—añadió mirando á la guapa chica con la mayor naturalidad.

Pero Inés sólo respondió sonriéndose y volviendo á ponerse colorada, bajando los ojos al mismo tiempo y pellizcándose con una mano la falda de su vestido por cerca de las rodillas.

—Porque las gentes son así—continuó el de Nubloso,—ó, mejor dicho, somos así todos, grandes y chicos, cultos é ignorantes. Vivimos de impresiones, y nos merece mayor devoción el santo de más lejos... El caso es, para acabar pronto, que soy Tomás Quicanes, el sobrino del Mayorazgo de Robleces. Fuí á la Habana;

trabajé veinte años allí, procurando repartir bien lo que ganaba entre el regalo del cuerpo y el del espíritu, á lo cual debo esta poca luz que traigo en la cabeza; es decir, porque no se tome á tonta vanidad, el no volver tan á obscuras y tan romo como salí de aquí. Agenciéme honradamente un capitalito; un pasar: vamos, para la puchera, como se dice por acá, y véname resuelto á comerla sosegadamente en la tierra, después de haber corrido una buena porción del mundo que no conocía. Un mes hace que llegué á la Montaña, y dos días que vine á Nubloso, donde no me queda otra familia que un primo lejano, más rico que yo, puesto que es enteramente feliz con los cuatro terrones que labra y la fecunda mujer que le da un hijo cada año. Con esa familia vivo mientras otra cosa resuelvo: tirábame mucho Robleces, por ser mi pueblo adoptivo; era hoy la fiesta de su patrono, á cuya imagen tantas veces quité el polvo y canté coplas de su novena ayudando á don Alejo, como ahora le ayudan los dos acólitos, y, por cierto, con atalajes que no me pusieron á mí nunca, porque entonces no se usaban esos lujos en iglesias como las de este lugar; vine á la fiesta, ocurrió lo que ustedes saben; y dejando para otra ocasión el regalo de darme á conocer á don Alejo, lleguéme á esta casa, donde he tenido el honor de referir lo que

en el pueblo no sabe á estas horas nadie más que ustedes.

—Pues vea usted, señor mío—dijo el Berrugo después de unos instantes de silencio:—no me pesa que el caballere de altar mayor haya resultado sobrino de mi amigo el Mayorazgo, ni que haya sido afortunado en sus negocios en la otra banda; porque de ser cierto que hay dinero por el mundo, cosa que nos parece cuento aquí por la miseria en que vivimos, más vale que caiga algo de ello en manos conocidas. Así lo siento y así lo digo.

—Y yo acepto ese sentir con todo el aprecio que se merece, señor don Baltasar.

—Eso me es enteramente igual, amiguito, con franqueza; quiero decir, el que me aprecie ó no me aprecie lo que le he dicho. Á mí me basta para galardón de mis sentimientos, el gusto de no atragantarme con ellos. Y dejando estas coplas á un lado, ¿qué otra cosa se le ofrece á usted por aquí, en que podamos servirle?

Á esta pregunta se sonrió el indiano; bajó un poquito la cabeza y se golpeó varias veces el muslo con el sombrero. Después le cogió con ambas manos, cruzó los pies; y volviendo á mirar, siempre muy risueño y oloroso, á don Baltasar, le dijo:

—Si le contestara á usted que nada se me ocurre, señor don Baltasar, más que satisfacer

el gusto, medio satisfecho ya, de respirar el aire de esta casa, tan llena de recuerdos para mí, y de ponerme á las órdenes de sus afortunados dueños, no contestaría toda la verdad.

—Pues, por si acaso era así—repuso el Berrugo,—le he preguntado á usted que en qué otra cosa podíamos servirle.

—Hay otra cosa, en efecto—replicó el indiano, tomando nueva postura en la silla, no menos airosa que las anteriores,—en que usted podría hacerme un servicio superior á todo encarecimiento; pero de esa cosa no venía enteramente resuelto á tratar hoy, porque ni es de urgencia inmediata, ni el momento que he aprovechado para saludar á ustedes da para ello.

—Pues yo le voy á dar á usted—dijo el Berrugo,—otra prueba de lo netas que las gasto, declarándole que con eso que acaba de decirme me ha metido en grandes ganas de conocer esa cosa que usted desea.

Rióse aquí de todas veras el indiano, volviendo un instante los ojos hacia Inés, que no estaba menos picada de la curiosidad que su padre, y respondió:

—Ese declarado deseo de usted, señor don Baltasar, me obliga á romper las consideraciones que me detenían, y voy á satisfacersele inmediatamente; pero á condición de que, por

anticipado, me perdone usted, si tengo la desgracia de mortificarle algo el puntillo que tan sensible es en todas partes, y singularmente en esta tierra; yo, por de pronto, le aseguro que si creyera que en lo que voy á proponerle había motivos racionales de mortificación para usted, no se lo propondría...

—¿Quiere usted—saltó el Berrugo muy impaciente ya,—dejarse de jarabes de confitería, y decirme en las menos palabras que pueda, y á la pata-la-llana, lo que pretende de mí?

—Pues pretendo—respondió el sobrino del Mayorazgo, sorteando con soltura y gracia aquellas impetuosidades de su interlocutor,—y por supuesto, señor don Baltasar, pura y simplemente como por ansias del corazón, como por antojo de enamorado sensible...

—¿Otra vez á la confitería?—exclamó el Berrugo, casi levantándose de la media silla que ocupaba.

—Ayúdeme usted, Inesita, por caridad—dijo el indiano entónces, envolviendo á la suspenja joven en una mirada muy risueña y en una nueva onda de fragancias;—ayúdeme usted á contener la noble sinceridad de su señor padre, que no me deja ser tan cortés y respetuoso como yo quisiera y él se merece...

Pero como Inés no le respondía más que con sonrisas, muy dulces, eso sí, y con pellizcos á

la falda del vestido, y las impacencias de su padre crecían por momentos, el indiano añadió en seguida volviéndose hacia don Baltasar:

—Puesto que usted lo pide neto y sin repulgos, allá va tan neto y claro como la luz del sol: deseo comprar esta casa. ¿Me la quiere usted vender?

—¡Demonio!—exclamó el Berrugo alzándose media cuarta sobre el asiento, mientras Inés le miraba con el asombro pintado en los ojos. —¡Venderle yo esta casa!

—Es una proposición como otra cualquiera, señor don Baltasar—dijo el indiano, dominando perfectamente la escena con sus aires de gran personaje.—La quería usted clara, y clara se la he expuesto... Los motivos, ya le he indicado á usted cuáles son... motivos que llama usted, con suma gracia, de confitería; pero que en un hombre de mis ideas y de mis sentimientos, pueden mil veces más que todas las pompas de la tierra... En cuanto al precio, el que usted fijara. No creo que fuera tan alto que pasara de ciertos límites, ni yo me considero tan pobre que no pudiera pagarle á usted, hasta con réditos, las ganas, como sería justo. ¿Es esto hablar claro también, señor don Baltasar? Creo que sí. Pues ahora, si en ello hay algo que pueda mortificarle á usted, bórrese, olvídese... y como si no hubiera dicho nada.

—¡Qué demonio he de ofenderme yo por esas cosas!—respondió el Berrugo, que estaba entonces en sus glorias.—¡Á buena parte viene usted, hombre! ¡Ni que se tratara de una puñalada por la espalda!... Sépase usted, para en adelante, que yo soy de los que creen que hay derecho para proponer la compra de cuanto se le ponga á uno por delante; más creo: creo que el comprar ó no comprar lo que se desea, sólo es cuestión de precio. Y esto no lo digo por empezar á subirle el de mi casa, sino como regla que profeso en la materia, por razón de lo que llevo visto y observado.

—Sin decirle ahora, señor don Baltasar—replicó el indiano, que andaba tan atento á las impresiones reveladas en Inés, como á las palabras de su padre,—hasta qué punto estoy de acuerdo con esa regla de usted, yo me felicito, por lo pronto, de que la proposición que he tenido el honor de hacerle no le haya mortificado lo más mínimo. Y esto declarado, me atrevo á pedirle á usted permiso para dirigirle otra pregunta.

—Ya está usted haciéndomela,—contestó el Berrugo.

—Lo que usted me ha dicho respondiendo á mi proposición, ¿significa que queda aceptada en principio?

—¡En principio! ¡en principio!—recalcó el

Berrugo en tono desdenoso.—En principio están en venta, bien dicho se lo tengo, todas las cosas de este mundo, hasta la honra de las gentes; ¡y no había de estarlo esta humilde casa, aun sin los deseos que usted tiene de ella! ¡Pues, hombre!...

—Entendido, y muchas gracias, señor don Baltasar. Y ahora, siquiera por lo que el asunto parece disgustar á esta señorita, le pido á usted el favor de que no se hable más de él hasta que las circunstancias lo reclamen; pero con la advertencia, enténdalo usted bien, Inesita, de que ni ese gusto ni otro alguno mío, daré yo por satisfecho á costa de la menor pesadumbre para usted.

—Mí hija—replicó el Berrugo mirando brutalmente á Inés,—no suele permitirse los lujos de apesadumbrarse por cosas que son del gusto de su padre. ¿No es cierto, Inés?...

Y la pobre, perdiendo de repente todos los colores de su cara, respondió tímidamente que sí.

Á este incidente siguieron frases muy superfinas y corteses del indiano, enderezadas, tanto como á templar las crudezas del padre, á quedar él bien acreditado en el concepto de la hija; hasta que al cabo de otra buena ración de palabras sin substancia, cambiadas con el Berrugo, sacó el deslumbrante reló, miróle, púsose de pie y dijo:

—Estoy abusando de la bondad de ustedes hace rato: es más tarde de lo que yo creía... quizás iban ustedes ya á comer...

—Pues á propósito—interrumpióle el Berrugo, que aquel día estaba en vena de despilfarros,—¿por qué no come usted con nosotros? Es ya tarde: desde aquí á Nubloso hay una buena tirada; y además, ó somos ó no somos de la casa, como quien dice...

—¡Oh, señor don Baltasar!—respondió el sobrino del Mayorazgo, haciéndose una pura miel.—¡Tanto favor para mí!... ¡Tanta molestia para ustedes!... Yo no sé si debo...

Y en esto miraba á Inés, la cual parecía decirle con la expresión de sus ojos dulces: «quédese usted, sin cumplidos.» Al mismo tiempo le soltaba el Berrugo estas claridades:

—Ya sabe usted que yo no entiendo de dulzainas. De verdad ofrezco. Diga claro y pronto lo que más desee. Comida hay abundante, porque es día de repique gordo, y ningún perjuicio nos causa con quedarse. Si nos le causara, me hubiera librado muy bien de convidarle, por si me cogía por la palabra... En resumen, ¿acepta ó no?

El indiano, que parecía gustar mucho de las genialidades de don Baltasar, se reía mientras le escuchaba; y en cuanto éste acabó de hablar, le respondió:

—Pues acepto... y con muchísimo gusto.

No bien lo dijo, salió Inés de la sala apresuradamente, al tiempo mismo que entraba en ella, muy sofocado, don Elías.

—Aquí tiene usted otro convidado,—dijo el Berrugo al indiano, señalando al médico.

El cual se quedó estupefacto al hallarse, cara á cara, con el caballero del altar mayor. ¡Venturoso y bien singular para él aquel día de San Roque! ¡Convidado á comer por el Berrugo, quizás para ofrecerle los sesenta y dos mil reales del molino, y verse allí mismo en ocasión de averiguar lo que á la sazón ignoraba todo el pueblo!

—Sentiría—dijo después de hacer una reverencia al forastero,—haber hecho esperar á ustedes. Camino de mi casa me alcanzó el recado que usted, señor don Baltasar, se sirvió mandarme; desde la puerta de la calle, por tardar menos, dije á la familia que no me aguardara hoy á comer, y á escape retrocedí para acá... Pero ¡qué calor el de hoy y qué sudar en aquella iglesia!

Y sudaba todavía, aunque no había entrado en ella, el santo varón; pero sudaba de emociones súbitas, inesperadas... de puro gusto, en fin.

—El señor—dijo el Berrugo al indiano,—es don Elías, el médico de Robleces.

—Para servir á usted, caballero—díjole á su

vez don Elías,—aunque no tengo el gusto de...

—Tomás Quicanes—respondió muy cortesmente el forastero, tendiéndole la mano,—y muy servidor de usted.

Estrechósele con ansia el médico; y mientras le miraba anheloso y hasta conmovido, le decía:

—Tomás Quicanes... Tomás Quicanes... Creo recordar... Sí: esa cara... y ese porte... Sólo que no caigo...

—¡Qué ha de caer usted, hombre, qué ha de caer usted?—saltó don Baltasar, que observaba muy atentamente la escena;—¡si en la vida de Dios ha visto á este caballero hasta que le vió esta mañana en el altar mayor! ¡Cuidado que es gana... de confitear!

—¿Quién sabe?—terció Quicanes, apiadado de don Elías.—Aunque es poco el tiempo que llevo en España, puede el señor haberme visto...

—¡Qué ha de ver, hombre, qué ha de ver este infeliz, que no ha salido de Robleces hace trece ó catorce años! Y si no, á la prueba. El señor es—añadió mirando á don Elías y apuntando al indiano,—natural de Nubloso, sobrino del Mayorazgo á quien yo compré esta casa. Hace veinte años que se fué á América, y dos días que llegó á su pueblo. Vamos á ver, ¿sabía usted algo de esto? ¿Dónde le ha conocido usted, visto siquiera, hasta hoy?

Bendijo don Elías la desvergüenza del Berrugo, gracias á la cual averiguaba él de un golpe todo lo que necesitaba saber; pero humilló la cabeza y respondió mansamente:

—En efecto: estaba yo equivocado. Sin duda le he confundido con otra persona... Y ¿viene usted—añadió irguiéndose de pronto, quizás por atajar con la pregunta alguna otra salida genial del Berrugo,—para volver á marcharse, como hacen tantos, ó para dejar los huesos en la tierra?

—Ese es mi propósito, señor don Elías—respondió afablemente el indiano:—dejar aquí los huesos...

Pero el Berrugo no estaba ya para meter la cuchara en las cosas de don Elías: le preocupaba más lo que pasaría en la cocina en aquellos momentos críticos; y dejando solos á los dos convidados, salió de la sala, advirtiéndoles, y era la verdad, que iba á ver á cuántos se estaba de comida.

Y hablando, hablando, el indiano y don Elías, acertó el primero á preguntar al segundo cuántos años llevaba de médico en Robleces, de dónde era nativo y qué familia tenía.

¡Tú que tal dijiste! Si con pretextos mucho más remotos largaba don Elías la historia de sus soñadas grandezas, tan pronto nacidas como acabadas, ¿cómo no soltarla en aquella gran

ocasión, á solas con un personaje que no le conocía más que por los informes cáusticos de don Baltasar, y quizás era otro millonario, pero millonario de verdad? ¡Oh, qué día, que día aquél para el médico de Robleces! Todo, todo se lo dijo; todo se lo refirió al indiano. Lo de sus grandes partidos, lo de las sedas á montones, y la plata por los suelos... lo de la millonada, en fin. ¡Y con qué lujo de pormenores, y con qué emoción tan profunda y conmovedora! Como si lo contara por primera vez. El de Nubloso le escuchó estupefacto.

Cuando, recién acabada la historia, entró don Baltasar avisando que iba ya la sopa á la mesa, aún tenía el médico las mejillas ardiendo, los pelos de punta y los ojos arrasados en lágrimas, las cuales enjugaba con el pañuelo.

—Vamos—dijo el Berrugo al notarlo y dirigiéndose al otro,—ya le echó á usted la millonada encima.

—¿Por qué lo dice usted?—preguntó el indiano, que indudablemente estaba un poco conmovido.

—Por las señales—respondió el Berrugo apuntando á la cara de don Elías,—y porque ya contaba yo con ello.

—¡Ay, señor don Baltasar!—exclamó don Elías, plegando en tres dobleces el pañuelo:—cada cual se queja de lo que le duele...

—Verdaderamente—añadió el indiano,—es historia interesante la del señor.

—¿Interesante, eh?—dijo en el tono burlón de costumbre don Baltasar:—no lo sabe usted bien todavía; pero ya lo irá sabiendo poco á poco... Ahora, señor don Elías, vamos á matar las pesadumbres en la mesa, que ya nos esperan allá; y con buen apetito, si hemos de juzgar por la cara de tigre enciscado que tiene el seminarista.

—¡Hombre!—exclamó don Elías, muy aliviado ya de sus tristezas con aquella noticia.—¡Conque Marcones... digo, conque Marcos también está hoy por acá? ¡Cuánto me alegro!... Pase usted, señor de Quicanes.

—¡Oh, eso no, señor don Elías!... Primero usted...

—¡De ningún modo!

—¡De ninguna manera!

—¡Canario!—dijo entonces el Berrugo que lo presenciaba.—¡Esas tenemos también y á tales horas? ¡Á ver si pasan de una vez juntos ó separados, ó los paso yo de parte á parte!

Echólos por delante, y se fueron los tres al comedor.



XXI

ARROZ Y GALLO MUERTO

EN opinión de Inés, desde el momento en que se quedaba á comer el perripuesto indiano de Nubloso, el asunto de la comida aquélla adquiría una gravedad excepcional. Con Marcos y con el médico, todo podía pasar, porque eran personas de confianza y no estaban hechos ni á tanto siquiera; pero ¡con aquel caballero tan planchado y oloroso, que había corrido tanto mundo!...

Y por eso salió de la sala del modo que se dijo. Del tirón, fué á la cocina á advertir lo que ocurría, y sin reparar en la caraza fosca que tenía Marcones, á quien halló paseándose en el carrojo, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. Examinando los manjares, catando las salsas y reparando en la vasija, ¡qué